

## *LAS RELACIONES DE LA REPUBLICA POPULAR CHINA Y JAPON*

Cual si las técnicas publicitarias influyeran en los medios informativos, se observa una tendencia a sintetizar la complejidad de las cuestiones políticas en frases lapidarias que, si bien llaman la atención, rara vez reflejan la realidad. El comentario viene a cuento de los comentarios que suscitó a principios del pasado julio la sucesión del dimitido primer ministro japonés Eisaku Sato, debido a la lucha que se originó en el seno del mayoritario partido liberal-democrático cuyas diversas tendencias en él representadas tenía cada una su candidato. En esa pugna por el poder, destacaron inmediatamente Takeo Fukuda, ministro de Asuntos Exteriores, y Kakuei Tanaka, ministro de Industria y Comercio Exterior en el gobierno Sato. Se dijo del primero que representaba la continuidad; del segundo, la renovación. La fórmula es bonita, pero carece de fundamento. Porque de haberse convertido Takeo Fukuda en primer ministro el 5 de julio, no hubiera podido continuar la política de Sato en el sentido estricto de la palabra, no más que Kakuei Tanaka puede renovarla, también en el sentido estricto de la palabra. En efecto, después de la sorpresa causada al aliado «privilegiado» de Washington en el Pacífico por el anuncio del viaje a Pekín del Presidente Nixon —viaje sobre el que no fue consultado ni advertido el gobierno nipón—, se evidenció que la política exterior de Sato, ajustada a la política asiática de contención del comunismo chino, o cordón sanitario en torno a la República Popular, estaba cuando menos rebasada por acontecimientos ajenos a las decisiones de Tokio. Por lo tanto, de ser elemento esencial de un dispositivo estratégico-político en el Pacífico, debido al acercamiento de los Estados Unidos y la República Popular, Japón se convertía en desairado segundón un poco puesto en solfa por la renovación a principios de 1971 del tratado de Seguridad suscrito con los Estados Unidos en enero de 1960. De otra parte, tenía visos de hostilidad perseverante el propósito señalado en el Libro Blanco de la Defensa publicado por Japón

en 1970, que apuntaba a rearmar al país y dotarlo de «ciertas pequeñas armas nucleares». Aunque a tono con la ambición norteamericana de poner coto a la expansión comunista en Asia, tal propósito, contrario a la Constitución japonesa, pudo dar pie a la acusación china de que Tokio abrigaba veleidades militaristas tan pronto como Washington dio pasos hacia Pekín en busca de una fórmula de coexistencia pacífica. No pararon allí las tribulaciones de Eisaku Sato, preocupado en primer término de esa columna vertebral de Japón, que es su poder económico. Las medidas adoptadas el 15 de agosto de 1971 por el Presidente Nixon para reanimar la desfallecida situación financiera de los Estados Unidos asestaron a su gobierno un golpe cuyas repercusiones en los ámbitos industriales y comerciales nipones, así como en la opinión pública, hicieron inevitable su caída, pese a los esfuerzos de Sato para mantenerse en el poder hasta las elecciones, aun a costa de concesiones tales como la de brindarse a viajar a Pekín para negociar el restablecimiento de las relaciones diplomáticas chino-japonesas, a fin de salir en lo posible de la ratonera en que metían al país las imposiciones norteamericanas en materia de exportación.

El encuentro Nixon-Sato en San Clemente los días 6 y 7 de enero pasado, aunque permitió al primer ministro japonés regresar a su país con la promesa de que Okinawa sería restituida a la administración nipona el 15 de mayo, en lugar del 15 de julio, como se acordara en 1969, y con la supresión de la sobretasa del 10 por 100 para las importaciones procedentes de Japón, sólo fueron bocanadas de oxígeno facilitadas a un moribundo. Además, sus efectos resultaron contrarrestados por los bombardeos norteamericanos a Haifong y Hanoi, iniciados el pasado abril, que convirtieron nuevamente a Okinawa en base operativa. Entonces se hizo patente la necesidad de optar entre los compromisos derivados de los tratados suscritos con los Estados Unidos para asentar la seguridad en el Pacífico y la conveniencia para Japón de operar la reconversión de una política exterior aplicada durante veinte años largos a seguirle la estela a la política asiática de Washington, ello con la esperanza de que semejante fidelidad le otorgaría destacado papel en ese ámbito. La nueva política en Asia de los Estados Unidos mostró la inanidad de esas ilusiones. Por consiguiente, mal hubiera podido Fukuda continuar una política centrada en la lealtad y la fidelidad a la alianza con los Estados Unidos frente a China Popular, cuando los Estados Unidos modificaban radicalmente su postura frente al gigante asiático, pero no al extremo de no comprometer a Japón en el conflicto vietnamita, cuya justifica-

ción ha venido siendo hacer frente a la agresión comunista. Dicho en otros términos: era imposible perseverar a las duras—el interminable conflicto vietnamita—junto a los Estados Unidos y no a las maduras del acercamiento a Pekín y el término de la situación de hostilidad entre Corea del Norte y Corea del Sur, con la que, por cierto, Japón suscribió en 1965 un tratado que complementaba el firmado con Formosa en 1952 a instigación de los Estados Unidos.

Si Takeo Fukuda no hubiera podido seguirle los pasos a Eisaku Sato, ¿cabe decir que Tanaka va a renovar la anterior orientación política? Es cierto, no bien asumió el poder, con un estilo nuevo, Kakuei Tanaka ha multiplicado las declaraciones dirigidas en primer término a la opinión pública nipona. Esta ha debido de acoger con gran satisfacción la advertencia hecha a los Estados Unidos sobre la utilización de Okinawa como base para los bombardeos de Vietnam del Norte. Sin embargo, la cuestión sobre la que Tanaka ha cargado el acento con más vigorosa reiteración ha sido la firme decisión de establecer relaciones normales con China Popular, extremo éste que ha causado gran impresión en ciertos ámbitos occidentales, cual si se tratara de una dimensión totalmente nueva de la política japonesa. De hecho, en este aspecto de suma y hasta capital importancia de la actividad exterior nipona, Tanaka se limita a echar una carrera por un camino ya trazado solapadamente desde hace muchos años, camino que no han cesado de utilizar unos intercambios comerciales valorados en cerca de mil millones de dólares el pasado año. Es una cifra modesta habida cuenta de la importancia de las exportaciones japonesas hacia otros países, pero estimable dadas las condiciones muy especiales en las que se ha venido efectuando el comercio chino-japonés.

En efecto, en contra de las engañosas apariencias y a pesar de la rociada de insultos que la propaganda china no ha cesado de dirigir al gobierno de Tokio, tachado de «reaccionario», «militarista» y «lacayo del imperialismo yanqui», aunque nunca fuera insultado el pueblo japonés, la República Popular y Japón no han cesado de hacerse guiños y hasta de dialogar a través del comercio desde que terminó la guerra civil china con el triunfo de los comunistas, es decir, desde hace más de veinte años<sup>1</sup>. Sólo por interponerse entre los dos vecinos los Estados Unidos, no se han restablecido ya unas relaciones que pueden calificarse sin grandes vacila-

<sup>1</sup> Aun antes de proclamarse la República Popular China, el 5 de julio de 1949, un barco chino cargado de sal entró en el puerto japonés de Moji.

ciones y, en general, de buenas, además de tradicionales. Si es cierto que los árboles no dejan ver el bosque, no lo es menos que recientes conflictos y tensiones entre países estorban una visión de conjunto de sus relaciones a través de los siglos. Así la «tradicional» amistad franco-británica, por poco que se repase la Historia, aparece reciente, en tanto que lo tradicional es la enemistad y la rivalidad; contrariamente a lo sucedido con Alemania, cuya «tradicional» enemistad con Francia sólo data prácticamente de los tiempos de Napoleón. Algo semejante se da en el caso de China y Japón, que, prescindiendo de afirmaciones de imposible comprobación, tendentes a situar el inicio de las relaciones entre esos dos países en el siglo III a. C., realmente entraron en contacto en el siglo IV de nuestra Era, siendo de destacar la gran influencia que, desde el principio, China ejerció en Japón en el orden de la cultura; la religión y las técnicas de la artesanía, al extremo de que Japón no sólo utilizó la escritura china para expresar su pensamiento, una vez adaptados los caracteres chinos al idioma japonés, sino que las primeras crónicas japonesas se redactaron en chino. Por lo demás, a través de los siglos se registra un constante intercambio de pensadores, sabios, monjes, comerciantes y personalidades de la vida cultural y política. Es decir, lo cordial y mutuamente provechosas que fueron las relaciones chino-japonesas, siempre y cuando no resultaran perturbadas por inevitables rivalidades políticas, singularmente las originadas por la posesión de Corea, disputa que se inició en el siglo VII. Pero los conflictos armados entre China y Japón emergen un poco como islotes en el mar en bonanza de sus relaciones amistosas, que empezaron a hacerse tirantes en forma continuada al implantarse la reforma Meiji, para hacerse claramente hostiles en 1894, cuando el pujante Japón occidentalizado se dejó llevar por la ambición de avasallar de algún modo a China, siguiendo el ejemplo de las potencias europeas adelantadas en la tarea de repartirse el botín del postrado Imperio del Centro.

La guerra chino-japonesa fue la primera etapa de un largo período de hostilidad y tenaz picoteo de una China debilitada y caótica. La pretensión de dominarla culminó con la creación del Estado de Manchukuo en 1932, la ocupación de las provincias chinas del Norte en 1933 y, finalmente, la ocupación de Pekín en 1937 y la instauración de un gobierno chino supeditado a Japón. Entonces se inicia a gran escala la guerra chino-japonesa, que unió circunstancialmente a nacionalistas y comunistas chinos, guerra que, a raíz de Pearl Harbour, había de convertirse en un episodio más de la

II Guerra Mundial. Desde la derrota de Japón en 1945 hasta la proclamación el 1 de octubre de 1949 de la República Popular, la China del Kuomintang, presidida por Chiang Kai-shek, apareció frente al vencido japonés como vencedora, una vencedora que autorizó a los dos millones de soldados japoneses hechos prisioneros a abandonar, sin más, el territorio chino, lo que forzó la gratitud del pueblo nipón. Acaso fuera éste uno de los factores que influyeron en el ánimo de los dirigentes de Tokio para ceder a la presión norteamericana y firmar con Taipeh en 1952 un tratado de paz que implicaba el reconocimiento del gobierno nacionalista en cuanto gobierno legal de toda China, pese a que desde 1949 existieran indiscutiblemente dos gobiernos chinos, uno de los cuales, el de Pekín, era ignorado por la casi totalidad de los países, empezando por los Estados Unidos que llevaron la batuta en esta compleja cuestión.

Pero aun oficialmente ignorado por su vecino, apenas establecido, el gobierno de Pekín le hizo saber que deseaba reanudar las relaciones comerciales. Dado que por aquel entonces Japón ya estaba camino de su fabuloso desarrollo económico, el deseo chino se impone realista. Entonces, como gesto de buena voluntad, liberó a su vez a los prisioneros japoneses en poder de los comunistas, de suerte que en junio de 1952, sin dar tres cuartos al pregonero, se firmaba el primer acuerdo comercial entre Japón y China. Fueron muy modestos los intercambios iniciales: del orden de unos cincuenta millones de dólares, pero se efectuaron. Más adelante, aunque el acercamiento del primer ministro japonés Kishi a Taipeh desatara las iras de Pekín, llegada la hora de firmar un nuevo acuerdo comercial, el gobierno chino no hizo dengues y el comité chino de desarrollo comercial y las asociaciones comerciales japonesas actuaron sin tomar en cuenta las tormentas existentes a nivel gubernamental. Paralelamente, una compañía de teatro china recorría Japón. Por tanto, el anunciado envío del ballet de Shanghai al país vecino no constituye una novedad susceptible de ser calificada de «diplomacia del ballet», señal inequívoca de que China, de pronto, trata de engatusar a Japón. De otra parte, desde hace unos quince años, se han trasladado a China incontables delegaciones o comisiones de juristas, sindicalistas, comerciantes, industriales y hasta políticos nipones, en particular, de miembros del partido socialista de la oposición que, curiosamente, mantiene con Pekín desde 1957 excelentes relaciones, en tanto que el partido comunista japonés, que en los primeros años de la década de los cincuenta pudo parecer el caballo de Troya de China en Japón, anda un

poco esquinado con su homólogo chino en razón de la disputa ideológica entre Pekín y Moscú. Entre las numerosas delegaciones que han visitado a Pekín, hay que destacar, por lo significativa, en febrero de 1971, la composta por parlamentarios japoneses de diversas tendencias, incluso la liberal-democrática en el poder, representada por el antiguo ministro de Asuntos Exteriores Fuyiyama, y también por directivos de sociedades niponas. Y en el pasado abril, la visita del consejero del partido liberal-democrático Takeo Miki, miembro de la Cámara de representantes y, a su vez, ex ministro de Asuntos Exteriores, que fue cordialmente recibido por Chou En-lai. Es decir, que los contactos oficiosos, pero no tanto que pudiera ignorarlos el gobierno japonés, entre los dos vecinos se imponen como una constante, cualesquiera que fueran las opciones políticas de Tokio que, sea dicho de paso, desde hace años no respondían a los deseos de los medios industriales y comerciales, por cuanto alzaban una barrera que impedía relaciones normales con China, vasto mercado que si encandila a norteamericanos y europeos, tiempo ha que se le impone a Japón como una salida para sus productos manufacturados y una cantera de materias primas de las que carece ese laborioso país. De ahí el esfuerzo nipón por mantener a toda costa abierto el portillo de los acuerdos comerciales que en 1958—era el cuarto—preveía que delegaciones comerciales de ambos países podrían entrar y salir libremente del otro país. Poco después, el inoportuno incidente de una bandera china arriada y quemada en la Feria de Nagasaki—en la que China Popular tenía un pabellón—perturbó aquel principio de luna de miel comercial, subiendo de punto la irritación china al firmar Japón el Tratado de Seguridad con los Estados Unidos. Con todo, China estimó conveniente aplacarse y, por boca de Chou En-lai, se declaró dispuesta a reanudar los intercambios con Japón, pero blandiendo la amenaza de supeditarlos a condiciones políticas, que dio a conocer: el reconocimiento del gobierno de Pekín como único gobierno de China, lo que implicaba excluir toda veleidad de sustentar la tesis de las dos Chinas, y la abstención por Tokio de todo acto susceptible de entorpecer la normalización de las relaciones chino-japonesas. El acercamiento del gobierno de Ikeda a Corea del Sur, claro exponente del imperialismo nipón en colusión con los Estados Unidos, según Pekín, no fue precisamente una respuesta favorable a las aperturas de Chou En-lai. Sin embargo, la publicación en 1963 del tercer plan quinquenal chino, que preveía una intensificación del comercio chino-japonés, en tanto que se había consumado la querrela con la URSS.

dió nuevo impulso a los medios industriales y comerciales nipones que firmaron diversos contratos particulares con los chinos. Entre tanto, a nivel gubernamental, el primer ministro Ikeda rechazaba toda idea de cooperación militar con los Estados Unidos para contener la expansión china en Asia y excluía toda posibilidad de suspender o moderar los intercambios comerciales chino-japoneses que, por acuerdo entonces suscrito, siempre entre el comité chino de desarrollo comercial y las asociaciones comerciales japonesas, acababan de normalizarse en lo que cabía en ausencia de relaciones entre los dos gobiernos. Por su parte, remachando el clavo, el ministro de Asuntos Exteriores, Ojida, declaraba que su país no se asociaría a ninguna política tendente a incrementar el aislamiento de China Popular.

Esta postura nipona surtió efectos y en 1964 se instalaron en China y Japón delegaciones comerciales. Si bien no tenían carácter oficial, eran exponente de un común deseo de estar en contacto, hasta donde era posible, por ser conveniente para ambos países. Ello suponía no conceder importancia decisiva a incidencias circunstanciales, cuales la primera explosión atómica china, que soliviantó la opinión pública nipona, o la firma del tratado nipón-coreano, que enfureció a China. La cuestión era mantener un *modus vivendi* basado en una delimitación entre las relaciones comerciales —en constante desarrollo— e inexistentes relaciones diplomáticas y políticas, por cuanto no estaban dentro de las posibilidades de Japón, aliado de los Estados Unidos y con territorios ocupados que sólo podría rescatar a fuerza de paciencia y buenos modales. Además, comprometido con Taiwan, en aquel tiempo ojo derecho de los norteamericanos, Japón no podía tomar la dirección de Pekín, que le señalaban sus intereses económicos, apartándose de la línea política imperativamente señalada a sus aliados por Washington. Pero si lo cortés no quita lo valiente, tampoco los compromisos políticos excluyen totalmente ciertos discretos amagos de independencia suscitados por presiones de poderosos sectores financieros, industriales y comerciales, singular y curiosamente los más conservadores, o sea, los más preocupados por mantener el ritmo de crecimiento económico nipón. Tales movimientos se registraron en 1968, estando ya en el poder Eisaku Sato, de suerte que, cuando a última hora pretendió recuperar todo el tiempo perdido en dilaciones impuestas por la alianza norteamericana y acercarse decididamente a China Popular, no cabe duda que fue fiel a sí mismo. Pero aun cuando un balance de su actividad gubernamental arroje el saldo negativo de no haber logrado acortar las distancias con su vecina ni evitado situaciones de

tirantez, la realidad es que los compromisos japoneses con los Estados Unidos y Taiwan no fueron las únicas causas del poco éxito de sus intentos para modificar las relaciones existentes entre su país y China.

En efecto, aparte de las condiciones impuestas por Pekín a Tokio para el establecimiento de relaciones normales, condiciones absolutamente incambiables a través de los años, el hecho es que la situación interna de China Popular limitaba su capacidad exportadora, a un tiempo que la escasez de medios de pago requería créditos a largo plazo que Japón no podía autorizar debido a la oposición formal de los Estados Unidos y Taiwan. De otra parte, las potencias europeas—en particular, la República Federal, Francia e Italia—empezaron a introducirse con creciente empuje en el mercado chino y a hacerle la competencia a Japón. Es esta circunstancia la que ha puesto en manos de Pekín una nada desdeñable baza llegado el momento de que Japón necesite claramente el mercado chino para compensar las crecientes dificultades con que tropieza en otras áreas de exportación, singularmente los Estados Unidos, pero sin omitir a Europa y algunos mercados asiáticos<sup>2</sup>.

Las conversaciones americano-niponas de Kakone a primeros de agosto sobre las relaciones de Japón y los Estados Unidos con otros países y las bilaterales entre los dos, no despejaron un horizonte cargado desde hace más de un año. Los japoneses se negaron a hacer las concesiones insistentemente pedidas por sus interlocutores, cuales liberar sus importaciones y hacerse cargo de algunos de los programas norteamericanos en el Tercer Mundo. Todo quedó en chalaneos, y no más que en noviembre de 1971 con el gobierno Sato, a pesar de los esfuerzos entonces desplegados por el secretario del Tesoro norteamericano, John B. Connally, el gobierno Tanaka se dejó convencer por William Eberle para dar por aceptable la política económica del presidente Nixon y menos para que Japón asuma una parte de responsabilidad en la crisis económica de los Estados Unidos. No obstante, accedió a considerar la reducción del déficit en 1971 de 3.800 millones de dólares del comercio norteamericano, mediante la compra de artículos a los Estados Unidos por un valor de 700 millones de dólares. La visita a Tokio de Henry Kissinger, a mediados de agosto, no redondeó ese éxito limitado de la misión norteamericana, aun cuando el máximo consejero de

---

<sup>2</sup> La creación de la zona de libre cambio europea supone un nuevo competidor industrial frente a Japón. Actualmente, las importaciones japonesas sufren un recargo del 3,9 por 100 con respecto a las tarifas europeas.



la Casa Blanca insistiera en la necesidad de que Japón pusiera todo por obra para equilibrar la balanza comercial restringiendo unas exportaciones a los Estados Unidos que representan el 30 por 100 de sus exportaciones globales o bien revaluando de nuevo el yen, que el año pasado sufrió ya una revaluación del 16,88 por 100. Arrojado en la ventaja que supone ser cortejado a un tiempo por soviéticos y chinos, Japón se mantuvo tieso en su negativa a plegarse a las conveniencias norteamericanas y aplazó la solución del problema hasta la entrevista Nixon-Tanaka.

Muy reveladores de los quebraderos de cabeza que le causan a Washington los nuevos derroteros de la política exterior nipona fueron esas conversaciones del 31 de agosto y 1 de septiembre en Honolulu, celebradas a petición de un presidente Nixon enfrascado en la campaña electoral. Es de otra parte claro exponente de la nueva relación entre Washington y Tokio que la reunión tuviera lugar a mitad de camino de las dos capitales. Atrás han quedado los tiempos en que los dirigentes japoneses habían de encaminarse a Washington para debatir las cuestiones de común interés. Ahora Japón trata con los Estados Unidos de igual a igual y no se le pasó por mentes al presidente Nixon, que acudió a recibir al primer ministro Tanaka al aeropuerto, tenerlo esperando en la antesala, como hiciera con el ministro de Industria y Comercio Exterior Tanaka el secretario norteamericano del Tesoro, John B. Connally, en el pasado noviembre.

Como la fórmula «a mal tiempo buena cara» parece ser norma sistemáticamente adoptada por la administración norteamericana —y por otras que no son norteamericanas—, se han presentado las conversaciones de Honolulu como un triunfo que se debe a la capacidad negociadora del jefe del Ejecutivo. De hecho en Honolulu no había otra alternativa en el ámbito económico que acordar una nueva revaluación del yen, inaceptable por parte de Japón, dado que la medida hubiera incidido en todo su comercio exterior y, por vía de consecuencia, en la situación interior, o incrementar las compras japonesas a los Estados Unidos, que ha sido lo concertado. No puede decirse que los norteamericanos se han salido con la suya. El incremento de las importaciones era un principio admitido por el gobierno Tanaka. Lo que había de puntualizarse en Honolulu era la cuantía de tal incremento, que se ha fijado en mil millones de dólares hasta marzo de 1973, pero sin dar la preferencia a la importación de productos agrícolas, como deseaban los Estados Unidos. En cambio, el acuerdo prevé, entre otros productos, la importación de productos industriales, en particular los desti-

nados al desarrollo de la electrónica y de uranio enriquecido. No se mencionan, pero no han de excluirse *a priori*, las importaciones susceptibles de favorecer la aplicación del plan que a finales de agosto el Departamento japonés de la Defensa dio a conocer, tendente a reformar las fuerzas armadas y cuyo presupuesto asciende a 200.500 millones de pesetas<sup>3</sup>, por cuanto tal plan no pone en entredicho los intereses estratégicos y militares de los Estados Unidos en el Pacífico, recordados en el comunicado final, dado que se estableció en el marco de un pacto de seguridad que se ha mantenido a salvo del tira y afloja en lo económico. Pero es de señalar que sectores de la opinión no gubernamentales y, por supuesto, la oposición socialista y comunista nipona, han denunciado los incambiables términos de las relaciones de los Estados Unidos y Japón en este ámbito después de las conversaciones de Honolulu. Estiman que Japón sigue siendo vasallo de los Estados Unidos en razón de las bases norteamericanas presentes en su territorio y de los misiles que apuntan a China Popular. Aunque la denuncia tenga claro fundamento en la actualidad, acaso sea aventurado dar el hecho por indefinidamente sentado. En efecto, es posible que, andando el tiempo, la nueva política exterior nipona se complemente, aun dentro del Pacto de Seguridad de 1960, con una situación por parte de Japón semejante a la de Francia dentro del Pacto del Atlántico Norte, al que sigue perteneciendo, pero gozando de una incuestionable libertad de movimientos respaldada por una capacidad militar que, si bien limitada, no deja de ser independiente. O sea, que las buenas componendas de Honolulu no permiten a los Estados Unidos echar las campanas al vuelo. Después de solicitar, amenazar y exigir, ha tenido que darse por satisfecho el presidente Nixon con no muy generosas concesiones hechas por la tercera potencia económica del mundo, convertida por ese poder económico en criada que sale respondona. Entre tanto, sigue en pie, con todo rigor, el problema de una competición entre los Estados Unidos y Japón en el ámbito económico. En lo inmediato, tiene por teatro el gran mercado chino hacia el que Japón se encamina sin vacilar y sin que los Estados Unidos tengan los medios de detener o frenar su marcha. Por ello, holgaba la venia o «luz verde» del presidente Nixon

---

<sup>3</sup> Según ese plan, las adquisiciones del Ejército incluyen 60 carros blindados, 34 vehículos acorazados, 20 cañones autopropulsados, 20 unidades de lanzamisiles antitanques y 50 aviones. La Marina ha previsto pedidos que sumarán un total de 13.710 toneladas y que comprenden tres destructores, un submarino y dos transportes de tropa. En cuanto a las Fuerzas Aéreas, se proponen adquirir 30 reactores «F-4 EJ Phantom» y 36 aviones de entrenamiento de fabricación japonesa tipo T-2.

al primer ministro Tanaka para que éste siga adelante en las negociaciones con Pekín, como ha dicho un comentarista cuyo reloj se ha quedado parado en la década del sesenta. Quiéralo o no los Estados Unidos, Japón puede dar un salto que deje corto al paso dado por el presidente Nixon con su espectacular visita a China Popular, que no desembocó en una clara formulación de las relaciones entre los Estados Unidos y el gigantón asiático. Finalmente, si no pudo constituir una sorpresa para el presidente Nixon que Tanaka se negara a volver a las andadas de la supeditación de Japón a los intereses norteamericanos, tampoco pudo admirarle que su interlocutor descartara de antemano una ruptura con su aliado, toda vez que la conveniencia desaconseja a Japón prescindir, llegado el caso, de un respaldo de los Estados Unidos que no se contradice con un esfuerzo por mantenerse en cierto modo equidistante de las tres fuerzas existentes en el Pacífico. De ahí que las conversaciones norteamericanas-japonesas puedan simultanearse sin inconveniente con las negociaciones de un tratado de paz con la URSS y el establecimiento de relaciones con China Popular, vértice del triángulo del que Japón ha estado más alejado hasta ahora. Tal ha sucedido no por motivos preferentemente ideológicos, que si actualmente no parecen constituir una preocupación para el gobierno de Tokio, no tienen traza de haber sido una pesadilla para amplios sectores japoneses, singularmente el representativo del mundo de los negocios. Para éste el apretón de manos que los Estados Unidos y China Popular se dieron por encima de la dócil cabeza japonesa ha sido una lección que el gobierno ha traducido en un deseo de independencia que lleva a Japón a moverse un poco a su aire y a no hacerle dengues a la participación en un nuevo sistema de seguridad para Asia. Aquella dura lección Japón acabó de aprenderla con motivo de la votación del 26 de octubre de 1971 sobre el ingreso de China Popular en la ONU, en que hubo de mantenerse al lado de una China nacionalista condenada al ostracismo por el anunciado viaje a Pekín del presidente Nixon, o sea, por su nueva política asiática. Sin embargo, Pekín no manifestó particular enojo por un voto que dijo considerar mera e ineludible consecuencia de una vinculación nefasta a los Estados Unidos, que, según todas las apariencias, siempre trató de aflojar por el atajo de las relaciones comerciales. En octubre de 1971, paradójicamente con la ayuda de los propios Estados Unidos, el objetivo empezó a llevar camino de lograrse, y Pekín, una vez más, recordó a su vecino que de aceptar éste las condiciones macha-

conamente formuladas podían tener buenas relaciones, tanto más cuanto que, señaló Chou En-lai, la República Popular, que data de 1949, no había estado nunca en guerra con Japón, derrotado en 1945. Es evidente. Es decir, que si desde hace unos meses Japón no pierde oportunidad de proclamar el deseo de establecer relaciones normales con su vecina, tampoco ésta se da punto de reposo en la tarea de atraer a Japón, del que mucho puede esperar, en primer término en lo económico, dado que Japón tiene una industria desarrollada al máximo y un perfecto dominio de las técnicas modernas, por lo que es complementario de China, que apenas si hace pinitos en el camino de la industrialización y es en cambio rica en materias primas de las que carece el gigante industrial asiático:

Por ello no cabe asimilar a un lanzar cables que acaso nadie ha de asir las declaraciones que, no bien accedió al poder, Tanaka ha multiplicado para captar la atención de China, y también para ablandar a los Estados Unidos. Provocar achares también es táctica política ventajosa, como lo prueban las atenciones del presidente Nixon con el nuevo jefe del gobierno japonés. Sin embargo, por muy sonadas que hayan sido las manifestaciones de Tanaka en favor del acercamiento a China, se ha limitado en realidad a ahondar el surco trazado por Sato y sus antecesores, pese a lo muy reducido de la capacidad de maniobra de aquéllos. La respuesta china no se hizo esperar. A mediados de julio, por el intermediario de Sasaki, dirigente socialista que había viajado a Pekín, Tanaka fue informado de la intención de Chou En-lai de invitarlo en visita oficial, visita que implica la aceptación por Tokio de la tesis de que no hay más China que la Popular.

Sin duda la afirmación, por muy oficial que sea, no reduce en lo inmediato a la nada la existencia de Taiwan ni el tratado vigente con Japón. Pero la fuerza incontrovertible de los hechos sugiere que el problema de Taiwan bien puede dejar de plantearse en los términos en que se planteó debido al apoyo incondicional norteamericano a raíz de la guerra de Corea, apoyo que actualmente tiende a reducirse a puro formulismo. De suerte que, a corto o largo plazo, el problema de Taiwan está destinado a resolverse con una solución negociada, extremo éste en el que posiblemente insista la diplomacia japonesa para que Pekín consienta establecer relaciones con Tokio mediante una fórmula más o menos ambigua que, sin ser la sentencia de muerte del gobierno de Taipeh, no ponga en tela de juicio que Taiwan es provincia china y parte del «territorio sagrado de la patria».

Por lo demás, siempre cabe que el gobierno de Taipeh tome la iniciativa de denunciar su tratado con Japón, como en 1971 se retiró de la ONU dejando la vía libre para el espectacular recibimiento de la delegación comunista. Durante la estancia en Pekín a mediados de agosto de Kabasaki, dicen que el Henry Kissinger del primer ministro japonés, ha sido seguramente éste el punto que ha provocado mayores cavilaciones y regateos en la preparación del viaje de Tanaka, minuciosamente estudiado, meditado y calculado por ambas partes, y que no deja de ser observado con singular atención por norteamericanos y soviéticos, dada la importancia del factor japonés en el equilibrio del Pacífico, ello a pesar de circunstancias económicas un tanto difíciles que apremian a Japón a buscar con ahínco el mercado chino.

A no ser porque la URSS ronda a Japón y los Estados Unidos no están dispuestos a desentenderse de su crecido aliado, China estaría en óptimas condiciones para apretarle las clavijas a su vecino, incluso para tratar de imponerle la previa satisfacción de una reivindicación territorial que de algún tiempo a esta parte ha sacado a relucir. Oficialmente, la prudente China no ha formulado reclamación alguna, pero la propaganda ha aireado la cuestión<sup>4</sup>, lo que no pretende decir que ha estado sobre el tapete en las conversaciones con Kabasaki o lo estará cuando Tanaka se encuentre en Pekín, una vez desbrozado el terreno al extremo de que los dos vecinos llegaron el 18 de agosto a un acuerdo básico sobre el tipo de cambio entre el yuan chino y el yen japonés<sup>5</sup>. Es decir, que el ya antiguo propósito chino y japonés de reanudar sus relaciones no se despistará por los vericuetos reivindicativos en una etapa decisiva en la que China se anticipa por puntos a la URSS, a su vez afanada por concluir un tratado de paz, diferido desde 1951, con su enemigo nominal en la Segunda Guerra Mundial y de paso establecer relaciones comerciales y económicas sobre bases jurídicamente bien definidas para sustituir las ambiguas actuales. Es una circunstancia que indudablemente favorece a Japón y le permite no hacerse de mieles con

<sup>4</sup> Singularmente a través del muy difundido «Pekín Informa», que trata el tema con todo lujo de detalles históricos y circunstanciados.

<sup>5</sup> Según el corresponsal de «Ashai Shimbu», en Pekín, el tipo de cambio tendrá una equivalencia de un yuan chino por 135,84 yens japoneses. Señalamos incidentalmente que los corresponsales japoneses en Pekín destacan entre todos los demás por la seriedad y amplitud de su información, extremo éste que se puso singularmente de manifiesto durante la Revolución Cultural.

China<sup>6</sup>. Por consiguiente, sin pretender sentar cátedra de profeta, ya que a la hora de redactar el viaje de Tanaka a China está a tres semanas vista, se puede opinar sin grandes riesgos de error que no serán objeto de negociación las islas llamadas por los chinos Tiaoyu y Senkaku desde 1900 por los japoneses que las incluyen en el archipiélago de Riukiu, como si fueran incuestionablemente parte del territorio nipón. La amenaza por parte de Taiwan de ocuparlas en el caso de que Tokio rompiera sus relaciones con el gobierno nacionalista, como quiera que no puede calificarse de ataque a Japón, confirma en definitiva la tesis de Pekín de que son territorio chino.

Lo mismo que para Taiwan y Pescadores (Pendju para los chinos), la cuestión de las islas Senkaku es una secuela de la guerra chino-japonesa de 1894 y de la cesión de territorios chinos a Japón en virtud del tratado de Shimonoseki. Si bien por la declaración de El Cairo de 26 de noviembre de 1943, los Estados Unidos, Inglaterra y China (es decir, la del Kuomintang o de Chiang Kai-shek) acordaron la devolución por Japón de los territorios anexionados en 1895, declaración ratificada en Potsdam y que recoge el Tratado de San Francisco de 1951, aquellas islas no fueron mencionadas. Pekín las reclama ahora a través de su propaganda aduciendo argumentos históricos y señalando que están situadas en la plataforma continental de China, o sea, en el talud continental, lo que integra la cuestión en el gran pleito de las aguas territoriales, los fondos marinos y oceánicos y su subsuelo, que será debatida en la III Conferencia Mundial sobre el Derecho del Mar a celebrar en 1973. En cuanto miembro de las Naciones Unidas, China Popular participará en esa conferencia, por lo que su reivindicación de las islas Senkaku o Tiaoyu bien puede lograrse al socaire de eventuales acuerdos internacionales sin necesidad de introducir en las negociaciones Chou En-lai-Tanaka un factor de discrepancia y tirantez, aun cuando el fondo del problema lo justificaría. Porque el patriótico clamoreo chino por unos peñascos inhóspitos y carentes de agua potable, pero cuyas camelias, palmeras y plantas medicinales pone en candelero la propaganda, tendría visos de infantilismo de no tomarse en cuenta que hay indicios concretos de la existencia de ricos yacimientos de petróleo en sus fondos submarinos,

---

<sup>6</sup> En cambio, de ser cierto lo declarado en agosto pasado por el miembro de la oposición Nahoiko Okubo a su regreso de Pekín de que el gobierno chino tiene intención de renunciar a pedir a Japón reparaciones por daños de guerra que afectarían al pueblo japonés en forma de impuestos, se evidenciaría el propósito de China de mostrarse amiga generosa y comprensiva protectora de amplios sectores del país vecino.

como al parecer en todo el mar de China. Pero si Japón carece de petróleo, no le sobra a China, por mucho aire que pretenda darle a su campo petrolífero de Taching. De ahí que no pueda descartarse en el futuro forcejeos chino-japoneses para la posesión de unos islotes que sólo los peritos en Geografía no han venido ignorando hasta fecha reciente, como tampoco puede descartarse sin más una fórmula de cooperación entre China y Japón para explotar las supuestas riquezas petrolíferas de Senkaku o Tiaoyu, siempre y cuando se consolide la normalización de las relaciones chino-japonesas. En lo inmediato, éstas habrán de implicar la concesión por Tokio de créditos a largo plazo consentidos a China y a los que Estados Unidos se opusieron anteriormente, aparte del término de la alianza con Taipeh que, pese a los esfuerzos y reconveniones del gobierno nacionalista se está difuminando en el horizonte político japonés. Acaso considere Tokio la posibilidad, aceptada por Pekín, una vez reconocido como único gobierno legal de China, de un transvase de las relaciones mantenidas hasta ahora con las dos Chinas, o sea, relaciones plenas y normales con Pekín y relaciones meramente comerciales con Taipeh, capital de una provincia china en trance de reintegrarse a la unidad nacional, aunque conservando acaso cierta autonomía. En definitiva, donde decía Taipeh, decir Pekín, y viceversa.

Por lo demás, en una coyuntura internacional en que todo el problema de Asia—empezando por Vietnam— está abocado a sufrir cambios notables, adquiere singular significación el establecimiento de relaciones normales entre China y Japón, relevantes potencias asiáticas en el Pacífico. Deseadas por ambos países desde hace años, mantenidas en lo comercial con altibajos y a trancas y barrancas desde hace veinte años, no son consecuencia del acercamiento de Washington a Pekín, como se ha estimado un poco a la ligera. Tal acercamiento se ha limitado a poner al descubierto lo que no ha cesado de ser objetivo hacia el que han apuntado esos dos países que, prescindiendo de divergencias e incluso de antagonismos en sus respectivas ideologías, son asiáticos y tienen ambos plena conciencia de ese su ser profundo y permanente, extremo éste del que no puede blasonar ninguna ideología conocida o por conocer. De otra parte, además de la mutua conveniencia económica que aboga en favor de la normalización de las relaciones chino-japonesas, el asiatismo se perfila como factor de la actual política nipona, singularmente afectada por la evidente caducidad de los planteamientos político-estratégicos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial y que se centraron en la bipolaridad y la contención de la expansión

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA

comunista. La premura soviética por negociar el tratado de paz con Japón es claro indicio del recelo que suscita en Moscú el acercamiento Tokio-Pekín, susceptible de afectar a la URSS, asiática en sus cuatro quintas partes, y que, precisamente en Asia, tropieza con China por motivos geopolíticos que perdurarían aún en el caso de un cambio de equipo en el poder chino. De ahí las maniobras de Moscú y Pekín para arrimar el ascua japonesa a su sardina, lo que supone un triunfo nada desdeñable en manos de Tanaka a la hora de negociar tanto con China como con la URSS.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA